

# Cordobeses de ayer y de hoy

## S é n e c a

«De Astronomía escribió Séneca un libro con orientación filosófica intitulado «De la forma del mundo». También os le dejo para que lo releais—*quem vobis item relinquimus relegendum*».

(Cassiodori opera omnia, De Astronomía).

## Reposición de Góngora

Quedaba todavía en Góngora la impresión de colorista flotando sobre toda otra impresión. Absorbía el sentido de su poesía sólo el colorido o «fresco», pudiéramos llamarle, que al tocarse no se ablanda, siquiera sea en blancas o azules venas de fáciles encuentros barrocos, de serenas líneas valoradas únicamente por su arquitectura.

Mas aunque esto último se confesase en ocasiones, siempre seguía tropezando su poesía contra la dura bóveda; era de cal y no de lienzo el instrumento de su llaga poética.

Curiosa es, como sabemos, la generación del restablecimiento de la poesía gongorina. Desde que el profesor de literatura nos ataja—¡quizá por ingratos al oído!—, los primeros versos de las «Soledades», hasta que Dámaso Alonso nos «lee» esta magnífica obra, ¡qué abismo de incompreensión techado de abandono reemplaza en nuestra memoria al arte del capellán reall

Dámaso Alonso nos «lee», como hemos dicho, las «Soledades» y nos advierte de su claridad y belleza. Sin embargo, queda Góngora para muchos, aun después de su vuelta a la vida, aun luego de su resurrección, solo envuelto entre nubes de festejo pastoril y a veces hasta con olor de sabroso «quesillo». Es decir, vago y poco consistente para organizar cualquier miembro imprescindible en el cuerpo de la poesía nacional.

Nadie tal vez como Ignacio B. Ansoategui en «Tres ensayos españoles» desarrolla mejor el temple de la poesía de Góngora; su belleza y españolismo, para calificar, en fin de cuentas, al autor de las «Soledades», como el poeta «que sacó a la luz que en España sonreía».

En su magistral y certero trabajo sobre dicho asunto del españolismo de Góngora, dice entre otra cosa Ansoategui:

«La luz que había deslumbrado los ojos del hombre del Renacimiento, la luz que había enceguecido a Europa, debía poner una voz nueva en la voz con que se nombraban los campos y los mares y las noches de España... La antigüedad no era para España el cambalache de estatuas maravillosas, ni era el olor a pintura de los jardines de Europa; era, simplemente, la antigüedad de España... Sus campos, ni eran los campos agobiados y mudos, ni su cielo era el cielo misterioso y temido, sino que eran los prados luminosos y era el cielo luminoso que se bajaba a los prados para cambiar con ellos las flores y las estrellas,.. Sus ríos no eran los ríos de la Europa del Renacimiento, atormentados de deidades desnudas, sino que eran los ríos de la gracia española, que se detenían para escuchar el canto de las serranas... Góngora realiza la reconquista de España por los ojos, como sus abuelos habían realizado la reconquista de España por los brazos...»

Apreciación muy justa que restituye a su verdad y aclara por entero cuanto en Góngora pueda considerarse fuera de la ordenanza más española y arraigada en la naturaleza de nuestra patria.

Garcilaso y Boscán abren una nueva época en la literatura española. Introducen nuevas formas y nuevas ideas. De Italia, que proyectaba su influencia sobre toda Europa, nace la reforma que inician aquellos poetas en nuestra patria. Pero es indudable que la incorporación del Renacimiento europeo a España tuvo en Góngora su instrumento más amplio, nacional y brillante. No se empañó la claridad tradicional de nuestro suelo, de nuestro paisaje, de nuestra fuerza, en el proceso de dicha incorporación que, felizmente para España, detentó en literatura el genio del gran cordobés. El Góngora de las «Soledades»—y hablamos siempre de esta obra—es quizá más puramente español que el Góngora de algunos sonetos de los ya calificados en su tiempo como «comparables a los mejores de nuestra nación y más excelentes que los de cualquier otra». Claro es que no hablamos aquí respecto a sobriedad o colocación de palabras, «plan u orden de las ideas», traslaciones mas o menos forzadas o metáforas violentas, sino del fondo mismo de la poesía, que, en síntesis, nos interesa mucho más que la rectitud de la línea que, según algunos, han de seguir cuantos ingenios se hallan adornados de la erudición y talento necesarios para emprender el camino poético. También nos interesa más el fondo de la poesía que el lujo o riqueza

que al idioma español aportó la obra gongorina. Asimismo, la siembra—no muy abusiva en relación con algunos poetas de su época—de referencias mitológicas no puede absorber en modo alguno el españolismo de la poesía de Góngora. Sobre todo ello, se encrespa duro y raso, noble y despejado, lo español más limpio y significativo.

La alegría de vivir, la jornada de plenitud, la visión del mundo como un paraíso, que para ciertos filósofos impone al mundo la hora renacentista, carece en España de toda sospecha de oscuridad, de todo envoltorio «artístico» o confuso. Si algún celaje más o menos «misterioso» o forzado puede aureolar en otros países la representación del Renacimiento, en España, y gracias a Góngora, la sinceridad que en su obra clama, llena y sabrose, desarruga y enaltee cualquier «efecto» construido sobre aquél; cualquier claro-oscuro que en determinadas regiones étnicas pueda velar la expansión del arte renacentista.

Góngora salpica de su arte, moja y zambulle en él todo el rostro de España, hasta entonces inédito. Ilumina el color de su cuerpo, de ese cuerpo a través del cual se expresa el espíritu español más sobrio, definido y normal. Lo español, en su sentido ancho y tonificado, no lo picaresco español, lo localista y reducido. Porque el parche de oro que el sol de la tarde pone en el cristal o en la cúpula es ciertamente bello y pintoresco, pero no subsiste en la perspectiva ni la califica de por siempre.

Hay, pues, que desentrañar de la poesía de Góngora, lo español, sacándolo—salvo excepciones—de la producción que más se le ha tachado de extravagante. Hay que ver en su obra, cabalmente en la parte de su obra despreciada o desatendida como extraña y desligada de lo nacional, la más saludable recepción del arte renacentista en nuestra patria; la incorporación de dicho arte a nuestro país, con los motivos y decorados más simples y austeramente españoles, sin que nos engañen los temas pastoriles entre la púrpura del cielo y la esmeralda de la campiña. Hay que limar ese barroquismo sonoro a leche y acuarela, esa agua coloreada de buen dentífrico que a lo sumo conceden todavía algunos a la producción más característica de Góngora, para analizar su verdadero fondo grave y escueto, entusiasta de la naturaleza y del paisaje español, nunca exento de contribuir como sujeto a la metáfora más florida y brillante.

Hemos ya repuesto la poesía de Góngora, disipando su «tiniebla incomprensible». Repongamos, igualmente, el sentido de dicha poesía. Su sentido ancho y profundo, aun dentro de la pomposidad que exteriormente envuelve el colorido de su barroco.

(«A B C», Sevilla, 23 noviembre 1952).

*Juan Sierra.*